

PANORAMA

SETIEMBRE 1964 ABRIL Y TIME - LIFE EDITORES \$ 50.-

\$ 10 ur.

Suplemento especial

RANGER: LA LUNA VISTA DESDE 300 METROS



AFRICA

HISTORIAS DE MAGIA NEGRA

Costa de Marfil, el joven país de África occidental, puede jactarse de tener la capital más elegante y el presidente de nombre más sonoro de todo el continente africano. La capital es Abidján; el presidente, Houphouët-Boigny.

Félix Houphouët-Boigny vive en un palacio resplandeciente (valor aproximado: 1.600 millones de pesos) que ostenta 52 tipos diferentes de mármol y una bodega dotada de aire acondicionado. El gobierno francés invierte unos 7.000 millones de pesos al año en su antigua colonia, a fin de que Abidján sea la muestra perfecta de la obra civilizadora de Francia. Pero Abidján, donde sobran 10.000 teléfonos que faltan en la ex metrópoli, es una muestra de muchas otras cosas que poco o nada tienen que ver con la civilización. En abril, durante una

reunión de diplomáticos extranjeros y funcionarios del gobierno, el presidente reveló que había estado a punto de ser asesinado nada menos que por los *yuyú*. El instrumento del frustrado crimen consistía en dos ataúdes en miniatura: en uno había una foto de la presunta víctima y en otro algunas botellas que contenían líquidos sospechosos y otros elementos de magia negra.

Hechiceros charlatanes. Afortunadamente, la indiscreción de los confabulados permitió prevenir a tiempo el por otra parte dudoso magnicidio, y el frustrado asesino recibió su merecido. Era nada menos que Ernest Boka, un abogado de 36 años que hasta poco antes había sido presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Costa de Marfil y, por ello, ocupaba el tercer lugar en la línea de sucesión presidencial. Houphouët-Boigny sostuvo que Boka había confesado y luego se había ahorcado en la ducha de la cárcel, con los pantalones de su propio pijama. "La justicia también alcanza a los *yuyú*", advirtió el presidente.

Pero sus palabras sonaron un poco hueacas. Aunque Houphouët-Boigny es doctor en medicina por la Universidad de Dakar, pocos ignoran que suele consultar a los oráculos *yuyú* antes de tomar ciertas decisiones. Hasta su rimbombante nombre tiene un significado especial en la jerga mágica; en su dialecto *baulé* nativo, Houphouët significa "pozo de excrementos", término exorcístico que, se supone, espanta a los demonios.



CHILE

OTRO DILEMA PARA AMERICA

¿Está Chile a punto de convertirse en la segunda república socialista del continente y en la primera en que el comunismo internacional logre el poder por la vía legal? Los comicios presidenciales del 4 de septiembre darán la respuesta definitiva. Mientras tanto, crecen la incertidumbre y la preocupación, no solo en Chile, sino también en el ámbito internacional. Por primera vez una elección chilena provocó interés en los círculos políticos y gubernamentales europeos. El Departamento de Estado norteamericano envió observadores especiales, y los principales diarios del mundo dieron con frecuencia amplia información sobre el proceso electoral.

Ya el 21 de mayo, descartando toda posibilidad para el senador Julio Durán, candidato del Frente Democrático que integraban entonces los partidos del gobierno, el presidente Jorge Alessandri Rodríguez pronosticó que su sucesor saldría de la oposición. El nuevo presidente será el senador Salvador Allende, del FRAP (Frente Revolucionario de Acción Popular), o el senador Eduardo Frei, del Partido Demócrata Cristiano. A nadie podía asombrar esta opinión después de los comicios realizados en el pequeño pueblo de Curicó.

Radicales, conservadores y liberales (que componían el Frente Democrático) poseían hasta el 15 de marzo el mayor número de sufragios (920.000 votos, o sea el 47 % del total), obtenidos en las últimas elecciones municipales, de abril de 1963. Pero ese día, en una elección complementaria llevada a cabo en Curicó, al sur de Santiago, el candidato comunista-socialista venció por amplio margen.

Tras las ropas europeas se ocultan todavía los mitos y las tradiciones de un pueblo primitivo.





El candidato democristiano Eduardo Frei, uno de los términos del dilema político chileno, habla en uno de los actos de la campaña electoral.

resultando último el candidato de la combinación gubernativa, que del 48 % de los votos que tenía en Curicó bajó al 32,6 %. En cambio el FRAP, que tenía el 28 %, logró el 39,2 %, y la democracia cristiana pasó del 21,9 al 27,1 %. Conservadores y liberales rompieron el pacto con el Partido Radical, y el Frente Democrático quedó hecho trizas. Enconados rivales de Eduardo Frei le acordaron de la noche a la mañana su apoyo incondicional. De este modo, la democracia cristiana, que entre la elección de diputados de 1961 y la de regidores de 1963 había visto aumentar su caudal electoral de 213.000 a 455.000 sufragios, pasó a constituirse en fuerza mayoritaria con cerca de un millón de votos teóricos.

Cambió entonces la estrategia comunista-socialista. Anteriormente habían mirado a los demócratas cristianos casi como a compañeros amables en la ruta opositorista al gobierno de Alessandri y al Frente Democrático. Pero al aceptar el apoyo de esos partidos, Frei y los demócratas cristianos se convirtieron de pronto en los más temibles "enemigos del pueblo y agentes del imperialismo norteamericano". Paralelamente, el FRAP disparó toda su artillería contra el Partido Radical, ahora solitario con su candidato Julio Durán. Para Allende, el apoyo radical era esencial, no solo por su volumen de votos (430.000), sino porque ese apoyo le daría a su candidatura el timbre democrático que necesitaba. Pero el éxito de esta campaña fue muy relativo.

Resulta curioso observar que los tres candidatos tienen notables similitudes. El mayor es Allende, de 52 años; Frei tiene 50 y Durán 46. Los

tres son profesionales (Frei y Durán son abogados, y Allende, médico) y pertenecen a familias de clase media, con lo que se confirma el hecho de que pasaron los tiempos en que los presidentes salían exclusivamente de la aristocracia.

Allende, dueño de una oratoria ampulosa pero certera, es fundador del Partido Socialista y fue ministro varias veces, la primera en 1938, durante el gobierno izquierdista de Pedro Aguirre Cerda. Sus detractores lo acusan de "burgués", y se comenta que encarga sus trajes en Londres y que en su casa juega al ajedrez con piezas gigantes, de auténtico marfil chino.

Eduardo Frei es un hombre dinámico, orador profundo y emotivo. Fundó la Falange Nacional en 1932, desprendiéndose del tutelaje del Partido Conservador. Excelente padre de familia (7 hijos) y católico observante, cometió la "mejor" gaffe de la campaña al dirigirse al público desde el Canal 9 de TV como "señores televisores".

Julio Durán, tal vez, de los tres candidatos, el "mejor actor" de TV, pertenece a las filas laicas del radicalismo y es anticomunista por convicción.

Además de su similar extracción social, hay también un común denominador entre sus programas de gobierno, en cuanto a reformas básicas se refiere.

Frei preconiza las reformas estructurales en libertad, como dicen sus lemas. Propugna la reforma agraria "sin llegar al despojo" y promete el trabajo intensivo en aquellas tierras mal laboradas y la parcelación de

predios que no producen por lenidad de sus propietarios.

Allende, en cambio, hace sus ofertas bajo el patrón castrista. Promete la nacionalización de las minas de cobre expropiando a las grandes compañías (Anaconda y Braden, esta última subsidiaria de la Kennecott) y la reforma agraria bajo el lema de "la tierra para los que la trabajan". Preconiza también la reforma industrial, nacionalizando todo lo que huele a extranjero, y reformas del régimen crediticio, cambiario, educativo, etc.

Durán ofrece casi lo mismo, pero "libre de dogmatismos y de tiranía". Sostiene que "Chile no es un país de extremos", y preconiza una revolución pacífica, laica y socialista, comprendida dentro de los postulados radicales, hacedores en el pasado de la reforma industrial del año 38.

Aunque los caudales electorales chilenos son engañosos, conviene sin embargo examinar las cifras obtenidas por cada partido en las elecciones municipales del año pasado.

Sobre dos millones de electores, el FRAP obtuvo, contando los votos comunistas, socialistas y de algunos micropartidos, 590.000 votos (29,59 por ciento); los radicales de Durán, 431.470 (21,59 %); y los demócratas cristianos, 455.000 votos (22,80 por ciento).

Este cuadro cambiará con toda seguridad ahora. Las nuevas inscripciones hacen subir el total de sufragios a 2.800.000, de los cuales, descontadas las abstenciones, queda una cifra probable de 2.500.000 votos emitidos, cifra sobre la cual pueden hacerse algunas hipótesis.

Calculando según la nueva correlación de fuerzas. podría preverse que

Chile

los votos se dividirán así: para Frei 942.000 votos incluidos los de los conservadores y liberales que ahora lo apoyan; Allende y Durán, 590.000 y 430.000 votos respectivamente, los mismos que obtuvieron en las últimas elecciones municipales.

Pero hay otros fenómenos a los que se debe tener en cuenta. Los radicales sufrirán con toda probabilidad una merma, que seguramente derivará hacia Allende en un 60 %, y el resto hacia Frei. Se calcula que Durán perderá unos 200.000 sufragios. Además, hay que calcular hacia dónde convergerán los 500.000 nuevos inscriptos. Según ciertos cálculos, el 65 % de estos votará por Frei y el resto por Allende.

De tal modo, los observadores creen que el vencedor será el democristiano Eduardo Frei, con la siguiente distribución de votos: Frei, 1.345.000 (lo que le daría automáticamente la mayoría absoluta); Allende, 985.000, y Durán alrededor de 200.000 votos.

Desde luego, el voto de la mujer es fundamental. Casi el 45 % de los sufragios son femeninos, y su tenden-

cia católica hace prever que su voluntad se volcará por la democracia cristiana. Esta es la gran fuerza que Frei ha capitalizado a pesar de los esfuerzos de comunistas y socialistas por contrarrestarlo.

A pesar de la lógica tensión existente debido a la inminencia de las elecciones, sin duda una de las más trascendentales de la historia de Chile, ya se ha disipado en parte el temor existente en los medios económicamente poderosos, que afloró luego del triunfo del allendismo en Curicó. En aquellos momentos cundió la alarma y hubo una fuga de capitales al extranjero, provocada por el temor a una victoria extremista que trastocaría todo el sistema económico y social. Pero no obstante estar a pocos días del acto comicial, subsiste aún, debido a la tradición legalista de la que se enorgullecen los chilenos de todas las corrientes ideológicas, la incógnita acerca de qué hará el ejército en el caso de una victoria legal del comunismo.

Por el momento solo cabe esperar, según la vieja fórmula, "que hablen las urnas".

Salvador Allende junto a Oscar Naranjo, el diputado por Curicó que dio esperanzas a la izquierda.



PANAMA

VEREDICTO SOBRE LA VIOLENCIA

A raíz de los disturbios en la zona del Canal en enero último (ver PANORAMA N° 10), Panamá acusó a los Estados Unidos de violar la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU. Esa violación, según Panamá, fue cometida por el ejército estadounidense cuando abrió fuego "contra la indefensa población panameña" y negó a habitantes de su territorio "el derecho de reunión y asociación pacíficas". El gobierno del pequeño país encomendó la investigación del caso a la Comisión Internacional de Juristas, con sede en Ginebra, organismo no oficial pero altamente respetado, compuesto por abogados de prestigio universal.

Después de varios meses, la Comisión Internacional entregó su informe. Veredicto: inocente. Los Estados Unidos no violaron los derechos humanos de nadie. En verdad, los propios panameños, cualesquiera sean sus motivos legítimos de queja, tuvieron buena parte de culpa por los cuatro días de violencia durante los cuales perecieron 26 personas y 400 fueron heridas.

El profesor A. D. Belinfante, de la universidad holandesa de Amsterdam, el juez sueco Gustaf Petré y Navroz Vakil, abogado de Bombay, integraron la comisión que se trasladó a Panamá, donde pasó catorce días y mantuvo cien horas de audiencias, interrogando a muchos de los actores en aquellas trágicas jornadas.

Culpas repartidas. Este tribunal sacó en conclusión que la marcha de los doscientos estudiantes panameños sobre la Balboa High School, por el incidente de la bandera, "parece haber sido cuidadosamente preparada; no se

SANTA CRUZ: LA HISTORIA SE REPITE

Año II - Buenos Aires, 15 de setiembre de 1964 - Nº 97 - \$ 40 el ejemplar - Aparece los martes

**EDUARDO
FREI:**

**Una
revolución
que no
quiere
esperar**



Chile

Los 120 días de Eduardo Frei

El atildado funcionario de banco mostraba una cabeza cuidadosamente afeitada al rape. En la plaza Bulnes, treinta jóvenes, uno tras otro, se arrojaron vestidos a la piqueta. Otros desfilaban por la calle Ahumada en paños menores; no faltó alguna muchacha en mokini, por cierto que arrebujada en una toalla. Un diputado cargaba en hombros a otro mucho más corpulento que él. Alguien llevaba una máscara con gruesas orejas y esta inscripción: "Soy un burro, voté por Allende".

Era el día siguiente de las elecciones que consagraron presidente a Eduardo Frei con 430.000 votos de diferencia sobre Salvador Allende. Los pobres pagaban así sus apuestas; los otros las solventaban en dinero (la mayor fue de 6 millones de escudos, unos treinta millones de pesos argentinos). La contienda cívica había terminado y los chilenos se entregaban a la chacota: ¿hay algo más democrático que reirse de sí mismo?

Bajo el cielo gris perla de la capital andina, con un Sol convaleciente que entibiaba las cimas nevadas, los nervios se habían distendido. No sólo los directivos de la Anaconda y la Kennecott —las dos compañías norteamericanas que explotan todo el cobre chileno— se habían salvado de la expropiación. Todos, aun los vencidos, parecían experimentar una sensación de alivio. Deseada o no, la aventura era temible. El delgado país se había encogido aún más para pasar por un estrecho desfiladero, entre el atraso y el comunismo.

Hasta el abatido FRAP (Frente de Acción Popular) matizaba su pena con la tácita admisión de que, llevado por su entusiasmo, había asumido una responsabilidad demasiado grande. En realidad, los socialistas más intrépidos y los comunistas más pacientes del continente saben muy bien que si pudieron sírmar casi un millón de votos —es decir, casi el 40 por ciento del cuerpo electoral— lo deben a su actitud para contemperizar.

¿Y todo para qué? Triunfante el FRAP, no habría tardado en quebrarse. El socialismo chileno pudo mantener su alianza con el comunismo a lo largo de toda la guerra fría, pero en la oposición; en el gobierno, los factores de presión interna e internacional lo hubieran forzado rápidamente a una disociación. ¿Es compatible el tratado de Río con la presencia de ministros comunistas en un gobierno americano?

En vísperas de la elección, el enviado de PRIMERA PLANA entrevistó a los señores Ampuero y Corvalán, secretarios generales del socialismo y el comunismo. Hay quienes creen saber que el acta documental del FRAP admitía que Allende podía no designar ministros comunistas. Ese pacto se firmó hace años: según parece, los comunistas lo estiman inactual, puesto que su partido fue readmitido en la legalidad (por iniciativa del presiden-

te Ibáñez, en 1957). Hay quienes suponen —otros lo niegan— que desde entonces se firmó un acta adicional que incluye formalmente el compromiso de recibir a los comunistas en el gabinete.

Los dos jefes de partido se mostraron discretos acerca de la naturaleza del pacto que los une, pero coincidieron en que el comunismo nombraría ministros. En todo caso, añadieron, no había razones para alarmarse: la vía de la revolución chilena no era la cubana. Cuesta creerlo en el extranjero, pero la figura del senador Corvalán es tan risueña, tan inofensiva la imagen que él logró presentar del comunismo de su país, que el Cardenal primado, monseñor Silva Henríquez, en su mensaje preelectoral a la ciudadanía, afirmó que todos los candidatos eran igualmente respetables, y se guardó de aludir al "peligro comunista".



Eduardo Frei y PRIMERA PLANA: Los apuntes de otra entrevista.

Con todo, tanto él como Ampuero afirmaron que "infimos grupos reaccionarios" estaban creando una "psicosis de miedo" con el propósito de romper la legalidad. Allende había prometido que su primer decreto sería un aumento general de salarios. Pero entre noviembre —fecha en que asumiría el mando— y marzo de 1965 —cuando se renueva el Parlamento— debía coexistir con la mayoría conservadora. Ese decreto sería demorado por el Parlamento, emmendado y desnaturalizado. Si las fuerzas sindicales intentaban entonces amedrentar a los legisladores, con la benevolencia del gobierno, se hubiera creado una situación muy semejante a la del Brasil en vísperas de la caída de Goulart. Corvalán sonrió vivamente: "No se equivocó, amigo. Estamos en Chile." Desde luego, Ampuero no parecía tan seguro.

Todas estas contradicciones saldrán

a la luz en la discusión de socialistas y comunistas, ya perceptible en la prensa de ambos sectores. Pero la derrota pronto conmovió a los grupos menores y más vacilantes del FRAP: el partido Democrático Nacional y sobre todo la Vanguardia Popular (del senador Baltazar Castro), que no tardarán en evolucionar hacia el centro.

Corvalán y Ampuero procuran evitar el desbande por lo menos hasta las elecciones de marzo, que renovarán la Cámara joven y un tercio del Senado. Si el FRAP conserva hasta entonces su 39 por ciento, se convertirá en la primera minoría, puesto que los partidos de derecha votarán por sus propios candidatos, por lo que la democracia cristiana —aun previendo la consabida reacción del existismo— difícilmente retendrá más del 30 por ciento.

Después de marzo, robustecido por ese posible triunfo, el FRAP podría obtener un poder más consistente que el perdido la semana pasada. Los socialistas —previa ruptura con el comunismo— se convertirán acaso en partido de gobierno, desplazando de esa posición al radicalismo y usufructuando sus votos de burocracia y clase media. Ampuero acaba de denunciar esta política con exagerada violencia: Frei trataría de "abrirse a la izquierda" con el único designio de "quebrar el FRAP"; el socialismo toma la oposición porque "no acostumbramos ser amigos de quienes abiertamente se declaran nuestros enemigos". En realidad, la democracia cristiana ha repudiado siempre el anticomunismo; simplemente, ofrece otro cauce para la revolución.

La revolución posible

"Para Eduardo Frei, grave y austero, destinado a manejar hombres." El enviado de PRIMERA PLANA leyó esta dedicatoria sobre el retrato de la difunta poetisa Gabriela Mistral en el escritorio de abogado donde el presidente electo de Chile atendió a sus clientes —algunas compañías de salitre y seguros, sin capitales foráneos— mientras aguardaba su hora, a los treinta años de carrera política.

Es la primera vez que la democracia cristiana, en América, gana una elección presidencial. Llega, además, sin pacto previo con ningún otro partido. La noche del triunfo, hablando desde un balcón a una multitud fervorosa que enarbolaba millares de antorchas, Frei agradeció a los partidos de derecha, uno por uno, pero dejó en claro que no tenía sino un compromiso —cumplir su programa— y que gobernaría con quienes alientan las mismas inspiraciones. Era una velada referencia a los socialistas.

Todavía estudiante de la Universidad Católica —donde conoció a quien sería su esposa, doña María Ruiz Tagle—, Frei comenzó por actuar en el partido conservador (o de los "pelucones"), cuyo fundador, Diego Portales, hizo de Chile, a mediados del siglo pasado, una democracia señorial y ordenada. Descendiente de una familia suiza, el joven estudiante abrigaba un sentimiento cívico que le hacía ver en la democracia el sistema más práctico para alcanzar la justicia social. Fue él quien, con otros compañeros de estudios, fundó la democracia cristiana.

Entonces se llamó Falange Nacional.

Una generación de intelectuales quedó en el camino, detrás de Eduardo Frei, en un heroico esfuerzo por brindar a Chile un gobierno activo, dotado de sentido ético, comprensivo de los dolores del pueblo e imbuido del ideal de unidad iberoamericana. Los que llegan con él son el probable primer ministro Bernardo Leighton (desempeño su primera cartera ministerial a los 25 años), el fogoso senador Radomiro Tomić (especialista en asuntos internacionales, pero que difícilmente se plegaría a la rutina de la cancillería), Álvaro Marfán, autor del plan decenal de desarrollo (seguramente, ministro de Economía), los sagaces políticos Renán Fuentealba y Juan de Dios Carmona (ambos de una generación posterior). Este es el capital humano con que cuenta Eduardo Frei para iniciar una revolución que, según él, ya no puede esperar.

Una revolución cuyo éxito temen tal vez los comunistas más que los conservadores. La derecha votó de luto el 4 de setiembre. Inequívocamente, detesta a Frei. No olvida que el año pasado visitó a Moscú ("alguna vez debíamos terminar con estos temores; son pura majadería", dijo entonces a PRIMERA PLANA) y que se opuso tenazmente, hasta el fin, a la ruptura de relaciones con Cuba. Los sectores tradicionales de la sociedad chilena votaron por él; era el miedo al comunismo; pero ningún orador derechista fue admitido a su lado, en las tribunas. Un colega chileno dijo al enviado de PRIMERA PLANA: "Preferíamos a Allende a él e él podía derribarlo con un golpe militar, a Frei no." La revolución posible es más peligrosa que la revolución utópica.

Este cronista preguntó hace unos meses a Eduardo Frei si el hecho de ir sin pactos a la elección presidencial indicaba que la democracia cristiana intentaría gobernar sola. El candidato respondió que sería necesario formar una coalición de gobierno después de los comicios. Preguntado si había más afinidad entre su partido y la derecha o el FRAP (mejor dicho, una parte de él), no disimuló su preferencia por el sector que ya se perfilaba como su más fuerte adversario.

Ante una interrogación concreta sobre la posibilidad de trasladar a Chile

la fórmula italiana, contestó textualmente: "Si La cooperación de demócratas cristianos y socialistas puede ser aún más benéfica en Chile, porque las tareas nacionales y sociales son aquí más urgentes, más dramáticas, y sólo pueden ser realizadas en común por quienes rechazan las soluciones de derecha por impracticables y las comunistas por totalitarias. En Italia gobiernan juntos —gracias a la distensión internacional— la democracia cristiana, que apoyó la alianza atlántica, y el socialismo, que la combatió. Hace quince años, nosotros, los demócratas cristianos, nos abstuimos cuando se trató de ratificar el tratado de Río, otro instrumento de la guerra fría."

Cuando, en la hora de la victoria, el periodista mostró sus apuntes de la entrevista anterior, Frei ayudó, sonriente, a descifrarlos. "No tengo nada que añadir y nada que borrar", dijo.

Un sacrificio breve

Un país subdesarrollado necesita treinta años para producir un estadista moderno como Eduardo Frei: con estas palabras inició un corresponsal peruano su reseña de la conferencia de prensa que acordó el presidente electo.

El cabello ralea ya sobre el cráneo de este intelectual humanizado por la tarea política; su alta figura aprendió a doblarse para escuchar con humildad y ternura las aspiraciones populares; su nariz prominente alude al vigor de su voluntad.

Hay una constante en sus declaraciones ante la prensa mundial: la afirmación categórica de que su victoria es la victoria de la izquierda democrática. Chile votó contra el peligro totalitario, pero también contra la estructura social presente, insistió. La ciudadanía ha plebiscitado no a un hombre, sino a un programa. Los dos meses que aún faltan para la transmisión del poder los dedicará a trabajar con su equipo en la redacción de un complejo de proyectos de ley, que serán presentados "no el año próximo, sino inmediatamente".

En esos cuatro meses se discernirá el éxito o el fracaso de su gobierno. Los periodistas chilenos ya acuñan una frase para definir ese período, que puede ser histórico: los 120 días de Eduardo Frei.

Uno de los presentes señaló que de-

berá gobernar cuatro meses con un Parlamento conservador y que ello puede originar cierta tensión social. El presidente electo afirmó que conoce bien al Congreso chileno; él sabe que nunca actuó según menguados intereses políticos cuando medió una clara afirmación de la voluntad nacional. Los legisladores saben que no hay opción sino entre el comunismo y la revolución nacional y cristiana. Invitado a definir esta expresión, dijo que se trata de duplicar la renta nacional y por habitante, no en setenta años, según el ritmo de crecimiento actual, sino en veinte años. Sólo si el sacrificio es breve y su resultado perceptible, se mantendrá la continuidad del proceso democrático. De otra manera, el país caería en el comunismo.

Frei indicó que sería prematuro hablar de la composición del gabinete, pero insistió en que solicitaría la más amplia cooperación posible de todas las familias del pensamiento político. Hablando de la transformación agraria, aludió a las experiencias que pudo recoger en Suecia (país socialista), como en Bélgica y en Holanda (social-cristianos). Quedó en el aire la impresión de que, para él, la similitud de programas entre su partido y el socialismo constituye un hecho político de valor determinante.

En Santiago, las aguas sucias del Mapocho zumban irónicamente —con una ironía muy chilena— entre la desventajada miseria que lo oprime. Pero a poca distancia se extiende la noble y solitaria belleza del Parque Forestal, cuyas avenidas transitan los estudiantes repasando sus lecciones. Muchachos y mozas que son un lujo para cualquier país; ellos, de talle escaso pero anchos de hombros; ellas, sin sensualidad ni elegancia visibles, pero animadas de una penetrante y exclusiva gracia. No los abandona ni por un momento la evidencia de que su patria es pobre, estrecha, pedregosa, en una tercera parte calcinada por el Sol del trópico y en otra tercera parte, por los hielos. De esa evidencia extraen una lección de modestia y decisión. Uno como ellos, treinta años atrás, paseaba por el mismo parque: se llama Eduardo Frei, y hoy depositan en él su esperanza ocho millones de chilenos. ♦



Con su familia, el día del triunfo. Sólo falta su hermana, muerta en un choque durante la campaña.



Las masas exigen un cambio profundo. Frei prometió desencadenarlo en sus primeros 120 días de gobierno.